

inventarios p editores s.a.

Carlos Fuentes, Wolfgang A. Luchting, J.J. Armas,
Luis Loayza, Emir R. Monegal, María Rosa Alonso,
Julio Ortega, David Gallagher y Jorge Lafforgue
AGRESION A LA REALIDAD: MARIO VARGAS LLOSA
200 pesetas

Carlos Barral
USURAS Y FIGURACIONES
160 pesetas

Carlos Edmundo de Ory
MEPHIBOETH EN ONOU (diario de un loco)
180 pesetas

Jenaro Taléns
EL VUELO EXCEDE EL ALA
120 pesetas

Alberto Omar
LA CANCION DEL MORROCOYO (2a. edición)
100 pesetas

Isaac de Vega
FETASA (2a. edición)
100 pesetas

Jean Rostand
MATERNIDAD Y BIOLOGIA
90 pesetas

NOVEDAD:

Jean Lecerf
PRINCIPIOS DE LA UNIDAD EUROPEA
250 pesetas

Alvaro Sarmiento (texto) y Fina Torres (fotos)
NERUDA: ENTIERRO Y TESTAMENTO
150 pesetas

Jean-Michel Fossey
(fotos: Antonio Gálvez)
GALAXIA LATINOAMERICANA
300 pesetas

Carlos Meneses
TRANSITO DE OQUENDO DE AMAT
200 pesetas

DISTRIBUCIONES DE ENLACE, S.L.
Bailén 18 - Barcelona 10
(Tfno. 245-54-23)

• ARTE • LETRAS •

Brod lo suficiente el que tomase aquella grave decisión, que tan difícil debió de resultar. Pues Kafka es un escritor que nos importa hoy más que nunca, que nos concierne muy directamente. Un escritor que nos habla como ningún otro nos había hablado antes, como tal vez nadie nos ha hablado desde entonces.

¿Cómo no ver, en efecto, en todos y cada uno de sus relatos una lúcida parábola de nuestra condición? ¿Cómo no reconocernos en todos y cada uno de sus héroes, desde el Gregorio Samsa de «La metamorfosis» hasta el Joseph K. de «El proceso»? ¿Cómo no vernos reflejados, por ejemplo, en ese cazador Gracchus (1), muerto al caer por un barranco mientras perseguía a una cierva por un bosque, y condenado desde entonces, por culpa tal vez de un falso movimiento del timón de la barca que le llevaba a la morada de los muertos, a navegar eternamente sin rumbo por los mares de la Tierra, muerto para los vivos y vivo para los muertos? ¿Cómo no ver representada la enorme absurdidad de la existencia, de la que ni siquiera los dioses logran salvarse, en esa otra parábola en torno a Poseidón (1), al que Kafka representa empujando una pluma en lugar del tridente, como un pobre funcionario condenado a llevar la contabilidad de las aguas marinas por los siglos de los siglos y soñando con encontrar algún tiempo libre, justo antes de que acabe el mundo, para realizar un pequeño viaje de placer por mares, que, debido a su agobiante trabajo, no ha tenido aún tiempo de visitar? «Estamos —escribe Kafka— en la situación de los viajeros de un tren que han sufrido un accidente en

mitad de un túnel, en un punto desde donde resulta ya imposible ver la luz de la entrada, mientras que la luz de la salida se ve tan pequeña, que tan pronto la encuentran nuestros ojos, vuelven otra vez a perderla». Y es que, en el fondo, todas las parábolas que nos cuenta Kafka nos hablan de lo mismo, a saber, de una imposibilidad radical: imposibilidad en que se encuentra el hombre de comprender racionalmente la existencia, imposibilidad de llegar alguna vez a conocer lo que nos trasciende, imposibilidad de una reconciliación entre el hombre y el mundo, imposibilidad, finalmente, de una redención. «El hombre —dijo en cierta ocasión Kafka a su amigo Gustav Janouch— tiene más de cosa, de objeto, que de ser vivo. ¿Quién sabe a dónde le lleva a uno la correa de la vida? Uno sólo puede gritar, tartamudear». El hombre podrá, en efecto, gritar, desgañarse, mas no obtendrá otra respuesta que el eco grotescamente deformado de su propia voz. Para Kafka, todo lo que el hombre hace está marcado por el sello de la paradoja. Paradoja de la que tampoco se salva la literatura. «Confesión y mentira son una misma cosa —escribe Kafka en su diario—. Para confesar se miente. Lo que se es, no puede expresarse, pues se es y basta; tan sólo se puede expresar lo que no se es, a saber: la mentira». Comentario que termina, sin embargo, con una frase abierta a la esperanza: «Tan sólo en el coro puede residir cierta verdad».

Kafka es dolorosamente consciente de la contradicción que pesa sobre el escritor (2), y, sin embargo, se agarra a la literatura como a un clavo ardiendo. Para

él, escribir es una necesidad vital. «Incluso cuando no escribo —dice en una carta a Max Brod— sigo siendo escritor», y añade, «pero un escritor que no escribe es un absurdo que sólo puede desembocar en la locura»; y algunas líneas más abajo: «Si no quiere caer en la locura (el escritor) no debe apartarse ni un momento de su mesa de trabajo, con los dientes ha de aferrarse a ella si es preciso... (El escritor) es el chivo expiatorio de la Humanidad».

¿Cómo entenderíamos hoy sin Kafka a Blanchot, a Beckett, a Ionesco, a Mrozek...? Cada palabra, cada frase suya es algo que nos afecta íntimamente, cordialmente. Por eso es tan importante la traducción a nuestra lengua de todos sus escritos. Por eso hay que dar la bienvenida a este nuevo volumen de Alianza Emecé, en el que se recogen relatos y fragmentos póstumos, que van desde el juvenil y formalmente aún incontrolado relato que lleva por título «Descripción de una lucha», donde ya aparecen, sin embargo, esbozados la mayoría de los motivos e imágenes que caracterizarán a su obra madura, hasta el último escrito debido a su pluma, «Investigaciones de un perro», en el que un can solitario monologa amargamente sobre la «condición canina», pasando por una serie de relatos en forma de parábolas en los que figuran con obsesiva frecuencia extraños híbridos: de animal y hombre, de hombre y cosa, de cosa y animal, seres todos ellos conscientes. ¿Y acaso podría ser de otro modo? ■

JOAQUIN RABAGO.

La otra historia: «Sátiras políticas de la España moderna».

Una visión de la historia de España hecha con base en los textos

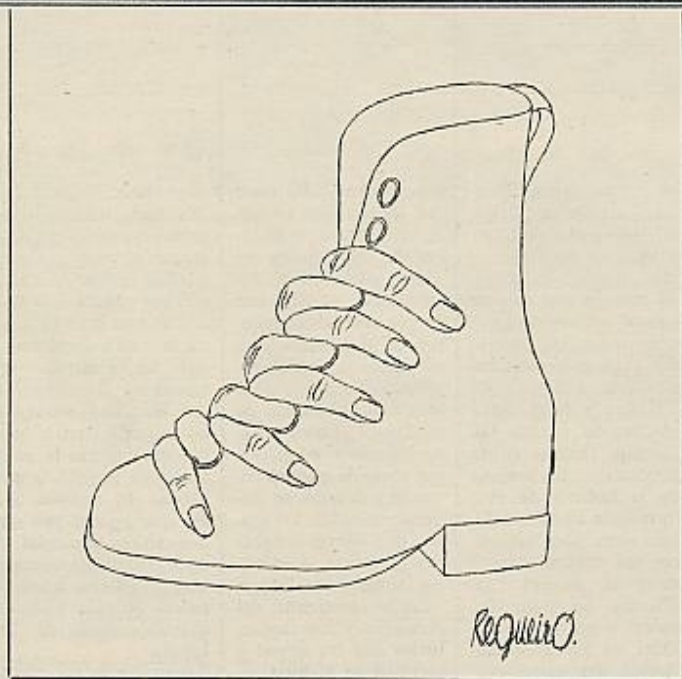
(1) «El cazador Gracchus» y «Poseidón», relatos incluidos en el volumen titulado «La Muralla China», Alianza Emecé. Traductores: Alfredo Píppig y Alejandro Ruiz Guinazu.

(2) Contradicción así expresada por Kafka en otro lugar («De las alegorías»): «En realidad, todas esas alegorías sólo quieren significar que lo inasequible es inasequible, lo que ya sabíamos».

satíricos, había de resultar, evidentemente, equivocada y tópica. La historia verdadera no puede sostenerse sobre este género de púllas de dominio público, pero de intención privada. Y, sin embargo, es probable que la sátira encierre un valor considerable como fuente, que no por apasionada y maligna ha de perder su inmenso valor de testimonio caliente y próximo.

La edición antológica de Teófanés Egido —«Sátiras políticas de la España Moderna», Alianza Editorial, número 473— pone en manos del lector medio una preciosa selección, escogida entre la selva que constituye este género de difícil encuadre preceptivo y tan diverso valor literario. En su lectura se nos ofrece una estupenda panorámica de esa historia moderna, no en su hollada superficie de manual, sino a través de la intrincada catacumba de la opinión pública o, quizá mejor, del público sentir.

La sátira, en efecto, tiene una historia paralela a la de la opinión. Es su fuente, en buena medida, siempre que no se olvide que también es el reflejo de su presencia pública. De ahí que tradicionalmente se haya pretendido atribuir el género a la musa popular, por la misma razón que se ha creído que la tirana o la soledad eran cantes salidos mágicamente —y valga la significativa proximidad semántica— del magín popular. La cuidadosa e inteligente versión de Teófanés Egido pone especial cuidado en prevenirnos contra esta ilusión y en recalcar, por si hiciera falta —que la hace—, el origen culto y nobiliario de las composiciones satíricas de estirpe política. La sátira, como señala repetidamente Egido, es un género de noble cuna y un arma del cumplido armario estamental: fueron las camarillas aristocráticas, amenazadas en el marco sociopolítico del Estado Moderno con la merma irrepara-



ble de sus roles públicos y, sobre todo, con la sistemática poda de sus privilegios, quienes idearon, protegieron y financiaron la vasta manobra infamante contra los nuevos amos. Salida de los nobles conciliábulos, la sátira descendiendo al pueblo por el propio peso de su constitución y por la gravedad de su espesa factura literaria. De ahí el tramposo disfraz populachero con que la sátira enmascara el descaído de un estamento resentido que no se resignaba a verse desplazado por la nueva y dirigente clase burocrática.

Su minucioso conocimiento del tema permite a Egido el acierto de recobrar para la presente edición piezas muy añejas del género, incluyéndolas en un índice que, cronológicamente, abarca desde los Reyes Católicos a Carlos IV, es decir, todo el largo proceso de encubrimiento y posterior declive de la monarquía española. Ello nos pone ya en la pista de algo sintomático: que la sátira, como género que acompaña al desarrollo sociohistórico de la opinión —o comoquiera que llamemos a la conciencia creciente de la comunidad— (vid. la ingente obra de Maravall, «Estado Moderno y mentalidad social», «Revista de Occidente»), consiste en una estructura institucional en la que juega un papel esen-

cial lo que los súbditos piensan. Así, esta antología demuestra que a mayor debilidad institucional, mayor volumen y más afilada mordiente satírica, lo que quiere decir que, de algún modo, entre otras cosas, la opinión pública participaba muy sensiblemente del sentimiento de fortaleza que engendró y nutrió la idea del Estado Moderno, o dicho de otro modo, que la gente comparte, en cierto grado, la imagen del héroe y acepta su virtud como principio in cuestionable de legitimación política.

En este mismo plano, el contenido de la sátira prueba con qué malhumor acoge la nobleza la presencia invasora de la clase burocrática, digámoslo así, ya que no es fácil acuñar referencias de significado más preciso. El Estado Moderno tiene necesidades nuevas para las que los estamentos no estaban debidamente preparados. De ahí que eche manos del burócrata, generalmente del «letrado», quien, a su vez, y desde el Poder, irá acuñando un nuevo sentimiento estamental, como ha estudiado también Maravall.

No podemos extendernos aquí sobre tantos aspectos como sugiere la lectura de esta apasionante antología. Señalaremos, no obstante, que su muestra comprende desde las «quejas» elevadas en tiempos de los Reyes Católi-

cos hasta los papeles dieciochescos, pasando por Austrias y Borbones como un eco prolongado y estridente de la Decadencia. En todas las épocas —y ello es fundamental— la sátira revela su inspiración aristocrática. No presenta, sin embargo, una forma unánime, porque, como es lógico, era preciso esconder la paternidad de las composiciones y, al mismo tiempo, adaptarlas a su destino público. Todos los talentos satíricos —con la excepción de los que escribieron en el período barroco— ocultaron su personalidad bajo formas deliberadamente «populares», es decir, torcieron el trenzado de la escritura en el torniquete artificioso de una expresión vulgar. Y es que la sátira no es una broma inocente, sino un arma de la «oposición» política que, por cierto, obtuvo considerables éxitos, especialmente en la etapa final, es decir, cuando ya existía una opinión más enteriza y capaz de servir de base a los proyectos más o menos declarados de agitación social. La presente antología contiene, junto con los anónimos, nombres de tan alta alcurnia literaria como Villamediana o Quevedo, ambos severamente castigados en consecuencia, como es sabido. Estas famosas prisiones y destierros prueban que la sátira era conceptual, efectivamente, como un peligroso instru-

mento político, e incluso como un delito de lesa majestad. Pero el aparato represor de la monarquía no fue bastante para atajar esta especie de periodismo underground que suministró al pueblo, durante siglos, implacablemente, una especie de conciencia airada contra lo establecido, que, en definitiva, no era sino la expresión de malquerencias y ambiciones de la clase desplazada del poder.

La sátira alcanza su cenit en la época barroca, y en su horizonte perfila definitivamente las posibilidades y maneras del género, de la mano, como se ha visto, de bien calificados maestros. En las composiciones del XVII está por ello el caudal literariamente más estimable, así como el que revela con más atento detalle el drama tenazmente oculto de la Decadencia. Véanse, como ejemplo, las diversas obras que aluden a los gobernantes impuestos por Felipe III y Felipe IV. (Por cierto, repárese en la invectiva contra «el confesor» real, que no es otro que el famoso P. Aliaga, el mismo que tal vez se ocultó bajo el seudónimo de Fernández de Avellaneda para escribir la, a mi entender, espléndida continuación del Quijote cervantino, y de quien, no obstante, dice aquí el conde de Villamediana que «simple siempre lo fue...») Los papeles insidiosos contra los validos y gobernantes primados, las temibles, y muchas veces obscenas, difamaciones contra las reales personas; los rejos contra la vida privada de los grandes, y aun de los mayúsculos: todo el arsenal de la sátira es revelador, con independencia de su veracidad o de su falacia, porque transparente la imagen que el pueblo tuvo del Poder, de la clase dirigente y del sistema social en su conjunto. Esa imagen corrobora la antigüedad de algunos tópicos hispanos y su manipulación interesada, al

tiempo que descubre la persistencia de ciertos motivos emocionales usados por la propaganda política —la apelación a la honra, la tópica machista, la xenofobia, la denuncia del agio (ajeno) y, en fin, la curiosa convivencia del sentimiento ultramontano y el reflejo anticlerical, tomados ambos como argumentos políticos.

Son, pues, muchos los aspectos interesantes que ofrece esta antología de «la otra historia», es decir, de la historia alejada del uso académico y de la costumbre encomiástica, de la historia agria escrita bajo cuerda y dictada por el descontento, por la humillación y, a veces, por el sentido común. Hay que señalar, por último, que la edición de Teófanés Egido, aligerada de mucha ganga inútil, ofrece un panorama resumido, pero muy completo, de su larga evolución, al tiempo que contiene una adecuada referencia histórica en la que no falta el imprescindible aparato erudito que enriquece decisivamente una edición cuidadísima en todos sus aspectos. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

Cuatro ensayos políticos

En 1968 se editaba en España un libro inquietante, agudo, objetivo como una operación matemática y exacto como una exéresis microquirúrgica. Se trataba de una serie de ensayos, «Política y delito», obra de un escritor alemán: Hans Magnus Enzensberger.

Acaba de aparecer ahora otra colección de sus ensayos recientes (1): «Interrogatorio en La Habana. Autorretrato de la contrarrevolución», «Imagen de un partido: Antecedentes, estructura e ideología del Partido Comunista de Cuba», «Turismo re-

(1) «El interrogatorio de La Habana. Autorretrato de la contrarrevolución y otros ensayos políticos». Hans Magnus Enzensberger. Anagrama. Barcelona, 1973.